

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVI

MADRID, 21 DE MAYO DE 1922

BIBLIOTECA MUNICIPAL

NÚM. 19.750

CUENTISTAS ESPAÑOLES

EL LOBANILLO

POR E. GUTIERREZ GAMERO

ACABADA mi carrera de médico, y obligado a sacar inmediato producto de ella, me refugié, en espera de más amplio horizonte, en Peñascales de Arriba, donde con la iguaja y el sueldo del Ayuntamiento podría reunir obra de unas tres mil pesetejas. El pueblo, situado en lo más áspero de la sierra, era de lo peor que usted se puede imaginar; pero el acicate de la necesidad hizome apachucar con él, sin pararme en tiquis miquis.

En el trayecto de Madrid a Peñascales de Arriba trabé conocimiento con un individuo, entre cosario y charlarero, que charlaba a cántaros y que acerca de mi próxima residencia me dió tales informes que a punto me hallé de volver el paso atrás.

—¿Es usted soltero?— me preguntó mi acompañante.

—Completamente soltero— le contesté.

—Mal negocio — dijome, frunciendo el entrecejo.

—¿Por qué? — repuse, curioso.

—Porque en Peñascales no agradan los médicos solteros.

—¿Qué raro!... ¿Qué les importa a los peñascaleses...

—Verá usted— me interrumpió—. Peñascales de Arriba es enemigo acérrimo de Peñascales de Abajo. En el de Abajo domina el elemento republicano rabioso, con todas las exageraciones del sistema más radical, y en el de Arriba manda y gobierna a su antojo el clericalismo más intransigente. En el de Abajo funciona de cacique el alcalde, don Demófilo Valiente, y en el de Arriba ejerce de Pontífice Máximo el cura, don Pedro Quieto y Sentado, que tiene a sus feligreses en un puño, y digo poco.

—Pero, hombre—atajé a mi locuaz compañero—. A mí, ¿qué más me da del clericalismo ni de don Pedro Quieto y Sentado, si soy católico, y apostólico y hasta romano a macha martillo?

—Pare usted la jaca, y no sea súbito—interpuso mi hombre—. Don Pedro entiende que los profesionales de la medicina han de ser casados, no a media carta sino de veras, porque no está bien que un jovenzuelo entre y salga en las casas donde habitan respetables señoras o tímidas doncellas, y a ésta le ponga una ayuda y a la otra le aplique una ventosa en parte recóndita, ítem más si tiene que operar de ginecólogo.

—Me deja usted turulato—hablé, suamente preocupado—. Si llego a saberlo, me caso con mi patrona, aunque el casorio entrase de rondón y no por la vía cordial.

—No se burle, amigo, y tome muy en cuenta lo que acabo de manifestarle. ¡Ah!... Se me olvidaba decirle lo más importante. Báilele el agua al señor cura y no le irá mal; pero sobre todo procure intimidad con don Juan Pasagonzalo, un señor bueno si los hay, aunque algo

rarme por uno de los despeñaderos que bordean el camino, pues el Tajo de Ronda, la Sima de Cabra y el salto de Leucade serán, sin duda, un juguete en comparación con los que a mi vera se aparecían; tales eran de profundos y peligrosos.

dencia en Peñascales, las insinuaciones para que entrara en el gremio no pasaron de tímidas indirectas; mas, poco a poco, fueron tomando cuerpo, manifestáronse en estudiados desvíos y me convencí de que, al cabo, tendría que marcharme o cerrar con el matrimonio.

Por fortuna, el azar, que todo lo arregla a su antojo, vino en mi pro, y fué que di, manos a boca, con una muchacha que era una perita en dulce, cuyos andares dejaban rastro de garbo, muy pulcra y bien trajeada, aunque a lo pueblerino; pero sin arañales en los bajos ni toba en el nácar de los dientes. Un buen partido, según el cura y don Juan Pasagonzalo. Los plácemes con que me obsequiaron los peñascaleses, juzgándome ya casado con Marianita, que tal era la gracia de mi novia, fueron infinitos. El Ayuntamiento acordó bautizar una calle con mi esclarecido nombre, y don Juan me brindó un salón de su casa-palacio, donde se celebraría un espléndido gaudeo el día de mi boda.

Y me casé. Sí, señor, me casé..., y nunca lo hiciera, porque mi señora, en quince años de matrimonio, me dió diez vástagos, diez sanguijuelas que chuparon el misérrimo producto de mi enorme trabajo. Pero tropezando allí y cayendo allá, salimos adelante, y lo más curioso del caso fué que di carrera a mi Periquín, el chico más listo que ha nacido de madre. Y ahora entra la figura de don Juan Pasagonzalo, base firmísima de mis planes y puntal de mis aspiraciones.

Imagine usted el hombre más aprensivo y medroso que Dios pudo criar, y aún se quedará corto. Si le dolía un dedo..., que llamen al médico. Si carraspeaba un poco..., que venga inmediatamente el doctor. Y en una de estas llamadas, todo asustado y compungido, se me quejó de grandes dolores de cabeza en el lado izquierdo, conforme se va desde la oreja al ojo, haciendo escala en la sien y hasta parándose en ella. Le examiné detenidamente, y descubrí, detrás de su pabellón auricular izquierdo, un quiste del tamaño de una avellana. Le receté una inocente cataplasma, y salí de la casa pensando para mi sayo que como aquel lobanillo durase y no me diera la broma de estallar solo y sin ayuda de instrumento quirúrgico, él me proporcionaría las necesarias pesetas para que mi Periquín fuese médico.

¡Qué había de reventar el bendito bulto! Al contrario, amigo don Teodosio. El muy socarrón iba creciendo cual si yo

— OBRAS MAESTRAS DE LA PINTURA INGLESA —



RETRATO DE MISTRESS FITZ-HERBERT, POR J. HOPFNER.—COLECCIÓN LÁZARO GALDEANO

arrimado a la cola, que hizo gran fortuna en América y que se vino al pueblo de su nacimiento a pasar el resto de sus días.

Y como en éstas y las otras, habíamos llegado a Peñascales de Abajo; allí se quedó el charlatán y yo proseguí mi peregrinación.

Nó me engañó el informante. El pueblo era mucho peor de lo que pude soñar. Entonces maldije la hora en que solicité la plaza, y tentado estuve de ti-

Pues habrá usted de saber, amigo don Teodosio, que en Peñascales caí de pie; que la suerte me favoreció en dos o tres casos de mi profesión, y que los peñascaleses me traían en palmitas, sin exceptuar al cura mandón y al famoso Pasagonzalo.

De seguro al llegar aquí de mi historia, tiene usted en los labios la pregunta natural en cuanto a la enemiga del pueblo al médico célibe. Claro es que durante el primer año de mi resi-

Se alimentase, y de avellana se convirtió en nuez; de nuez, en naranja, y no llegó a melón por un casual, como lloraba el paciente cuando se lo palpaba.

¿Inverosímil la duración que yo decía? Nada de eso. Piense usted que don Juan tenía en mí una fe ciega, y que jamás le vino a las mientes salir del pueblo para consultar a otro médico, y añada usted que todos los peñascaleses juraban por el doctor, y que lo que él decía, como si lo dijera el Santo Padre, que es infalible.

Por este solapado camino—lo confieso—logré apoderarme del ánimo de don Juan y que transcurrieran, mediante sus dádivas, los años que mi Periquín tardó en ser licenciado en Medicina y Cirugía.

Naturalmente; en cuanto mi hijo y colega llegó a Peñascales de Arriba, lo primero que se le ocurrió fué visitar a don Juan, con objeto de expresarle su gratitud; y a mí, con la alegría de tenerle en el pueblo, se me marchó el santo al cielo y se me olvidó advertirle lo del lobanillo. Y para que se dé usted cuenta exacta de la plática habida entre don Juan y mi heredero, se la voy a contar tal como me la refirió el ama de gobierno de mi cliente, una mujer a quien yo tenía muy de mi parte, porque con frecuencia se solía ir de cámaras y yo la curé el corrimiento.

Pregunta Periquín a don Juan por su preciosa salud, y éste le responde:

—¡Ay, hijo mío!... Estoy muy mal... Hace cuatro años que tu buen padre lucha con un gravísimo tumor que tengo detrás de la oreja izquierda y que seguramente me llevará al sepulcro, si Dios no lo remedia.

—¿Un tumor?—interpuso Periquín.
—Sí; un tumor maligno.
—¿Me permite usted verlo?—interrogó el chico, con ese afán que los neófitos ponen en mostrar su ciencia.

—Míralo si es tu gusto; pero cuando tu padre, que sabe más que tú, no ha podido vencerlo, ¿qué has de hacer tú?

—Pues mi padre no se ha enterado bien... ¡Si está más claro que la luz! Lo que usted tiene es un quiste sencillísimo de extirpar, y yo le prometo que, si me permite operarle, en muy breve tiempo queda usted sin bulto y tan campante.

—¿Tú te atreves?
—¿Pues no me he de atrever?; pero con la condición de que no diga nada a mi padre, para darle esta grata sorpresa.
—¿Y me dolerá?
—No; porque previamente le inyectaré un anestésico muy poderoso y de muy reciente invención.

Así lo convinieron, y aprovechando la ocasión de mi salida a un pueblo inmediato, para asistir a un parto, Periquín me cogió la vez y le quitó el lobanillo a don Juan Pasagonzalo.

Figúrese usted, amado don Teodosio, cómo me quedaría cuando al volver a Peñascales me llama aparte mi hijo y me dice:

—Pero, papá!... ¿Cómo has dejado al pobre don Juan, nuestro excelente protector, en la creencia de que tenía un tumor maligno, si se trata no más que de un quiste sebáceo sin importancia alguna?

—¡A ver, a ver!... ¿Qué estás diciendo, desdichado?—interrumpí al mediquillo.

—Pues que yo, mientras has estado fuera, y pensando en lo que debemos a ese buen hombre y en que tú me lo agradecerías, le he extirpado el quiste con toda felicidad, y nuestro amigo ha quedado más contento que unas pascuas.

—¿Tú has hecho eso, infeliz?—grité, aterrado.

—Claro. Yo mismo.
—Pues, hijo mío, has metido una de tus extremidades inferiores, por no decir las cuatro; y para que toda tu vida lo tengas muy presente, sabe que gracias a ese lobanillo providencial eres médico y no tienes que quedarte en Peñascales

para escardar cebollinos. Y en lo sucesivo, cuando veas que cualquiera hace una cosa que a ti te parezca tontería, fácil de remediar mediante tu intervención, cállate y no metas baza, porque en los actos ajenos siempre hay lo que sólo ve el que los ejecuta.

Indudablemente querrá usted saber, querido don Teodosio, lo que luego aconteció. Aconteció que don Juan, cuando se hubo enterado de mi manejo, pues no faltó un alma caritativa que le pusiera

al tanto de mi bellaquería, nuestra amistad se concluyó, y tuve que largarme de aquel pueblo, que fué mi salvación. Pero los de Peñascales de Abajo, así que se enteraron del caso, y para dar vaya y cantaleta a sus vecinos rivales, tiraron de mí y me doblaron el sueldo. ¿Qué le parece a usted, amigo don Teodosio?

—Que Dios me libre de un lobanillo perpetuo.

E. GUTIERREZ-GAMERO
De la Real Academia Española.

EL ENCANTO DEL LIBRO

Desperté de mis sueños al dolor de la vida,
y hallé de mi pasado todo el derrumbamiento,
y vi mis viejos libros como el arma el suicida
a quien quiso el acaso detener en su intento.

Parte de mi existencia a la suya va unida.
Los miro con amor y con remordimiento:
cambié mi vida propia por la suya fingida
para vivir los siglos con solo el pensamiento.

Encarné la leyenda. Como en el áureo cuento,
al regresar de paso por la senda florida
el ave de la gloria me detuvo un momento...

Y como el santo asceta al volver al convento,
hallé muertos los míos y la celda caída
porque la voz del ave era un encantamiento.

Francisco A. DE ICAZA

IMPRESIONES DE UN LECTOR

POETAS CATALANES

J. Pérez Jorba

He aquí un extraño libro, bien insólito en la tradición literaria catalana. Ya el título (que corresponde a la primera composición) es ambiguo y funambulesco: *Turmel i el Boc en flames*. La traducción literal sería: *Tobillo y el Chivo ardiente*. Declaro con toda sinceridad que sólo por aproximación he podido comprender el sentido del poema. Pero sin duda la intención del autor ha sido esta: la actuación exclusiva sobre la sensibilidad, no sobre el intelecto. La composición pertenece a las formas extremas del impresionismo poético. Aquí la llamaríamos ultraísta. Impuntuada, descoyuntada, operando por la mera nominación de las ideas sugestivas, contiguas en el delirio mental del poeta, resulta imposible describirla sin contagiarse de su «manera».

Su autor, J. Pérez Jorba, es el más «excéntrico» de los autores catalanes. No lo digo sólo en el sentido espiritual del calificativo, sino en el de haber vivido siempre lejos de la influencia de los cenáculos barceloneses y haberse sustraído a las cualidades genuinas de toda escuela catalana. Pérez Jorba, formado en París, ha mantenido el alma abierta como una flor a las fecundaciones del cosmopolitismo. La primera revelación de las escuelas de vanguardia ha llegado a Barcelona, muchas veces, por su pluma. Ya en los tiempos de la revista *Catalonia*, benemérita sucesora de *L'Avant*, Pérez Jorba aportaba a la juventud la primera vibración de un alma catalana en contacto con los autores que habían de modificar luego la sensibilidad contemporánea: Véase, por ejemplo, su ensayo sobre D'Annunzio.

Alma de *dilettante* insaciable, Pérez Jorba, que acaba de dedicar un curioso folleto en francés a la apología del poeta Pierre Albert-Birot, nos ofrece en su nuevo libro de versos la última remodelación que ha operado sobre sí mismo.

Pero lo verdaderamente desacomunado

brado en la arca de Cataluña es la médula interior de esos poemas, henchidos de una opulencia carnal que rompe todas las antiguas convenciones, en el asunto y en el léxico, para el cual ha llegado a admitir alguna palabra crudamente expresiva, que en la poesía catalana no había pasado jamás del libelo de escarnio, aunque Dante la hubiese usado ya en su *Inferno* (XXI, 139).

A veces, la audacia metafórica del poeta traspassa todos los límites; véase, por ejemplo, esta imagen estrafalaria: *«la roja locura del paje descarado de la inmortalidad»*.

Pero yo creo que el autor ha encabezado su libro con ese poema para contrastarlo con la perfección métrica de las *Estances* que le siguen, fieles en absoluto a la versificación tradicional. El tono de esas estancias continúa la férvida carnalidad del poema anterior, dando así unidad al volumen. Las imágenes son aún más atrevidas, libres de la voluntaria imprecisión que en aquél tenían. Por momentos, sólo el prestigio de la tonalidad noble vindica esas imágenes de su estirpe picaresca, de su tradición escandalosa y procaz. Esto es lo mejor del libro. Alguna estrofa me recuerda versos de Verlaine, en su manera refinada, en sus alegorías de *buisson ardent*...

En conjunto, es un poema caprino, faunescó. Descúbrense, entre la espesura (acaso excesiva) de las estrofas, flancos desnudos y combas palpitantes, como turbadora versión del vino añejo de las bacanales en una copa nueva y virgen...

T. Catasús

Entramos en una poetización bien diversa. Hemos abierto ese volumen, *Poemas del Temps*, y todo respira seriedad. No podrá negarse a este poeta el sentido clásico. El ciclo de las Estaciones se desenvuelve con un viejo hieratismo hídrico... A veces pasa sobre esa contemplación una gracia de *flirt*, como en

aquellas otras Estaciones dieciochescas de Lancret... ¿No es esta la impresión que nos produce *L'Amor esquiu*? Otras veces, el recuerdo de un abuelo indiano nos sugiere algún verso de Francis Jammes. Aquí abrimos, al azar, una poesía otoñal, cuyo sonoro nombre de Vendimiario está tan lejos de toda sugestión cruenta como lo estaban las resurrecciones helenizantes del buen Chénier. Más allá; hemos tropezado acaso con los mejores versos del libro, técnicamente: en el pasaje que anuncia los últimos días de otoño. Pero yo prefiero las poesías primaverales, porque en ellas se junta cierta gracia de feminidad a la sencillez de la poetización naturalista. Señalaré, como ejemplares típicos, las poesías *Yo us dic...*, *D'una clara visió*, *Balada de l'Amor dolorit* y *Sinfonia d'abril*.

Luis Bertrán

Más intencionadamente clásico es todavía este poeta; así lo atestigua su colección, magníficamente impresa, *En el limit d'or*. La mejor de sus poesías es la inicial, que da nombre al volumen. Sentido de la métrica y de la tonalidad efusiva y confidente. A veces, como en la *Elegia de la Joventut i de l'amor*, enlace suave de la manera clásica con la herencia popular y romanesca de Cataluña.

Fidel S. Riu

Este tiene otra filiación. Es un poeta de plena modernidad. Su manera es aristocráticamente madrigalesca. El verso de nueve sílabas, tan ágil, tan apto para las cadencias de cortesía amorosa, es el que mejor le sienta. También el octosílabo recobra en sus manos su antigua dignidad. Aquí está la graciosa poesía *Una noia i un espill*. Puede decirse que continúan su gentileza imaginativa y melódica las que la siguen, singularmente la *Cançó a dues cortines*, que me recuerda la manera de algún *lied* de Goethe. Otras, como *La Dona i el fruit*, o *La noia i les magranes*, renuevan aquella *rima interior* que tan admirablemente inició José Carner en sus *Fruits saborosos*. Quiero señalar, finalmente, la bella estilización plástica *Noia que tornes de la font* (acaso la mejor del libro) y *La dona que sab somriure*, por el juego feliz entre el concepto y la forma.

Juan Arús

He escrito estos comentarios por un orden voluntariamente caprichoso, sin tener para nada en cuenta el mérito relativo de cada poeta. Quiero hacerlo constar ahora, antes de mis palabras sobre Juan Arús, que tan puro renombre tiene ya conquistado en la moderna poesía catalana. Está abierta sobre una mesa su última colección, *La Mare i l'infant i altres poemes*. Arús es el idealizador de las puras efusiones familiares y los primarios desbordamientos del corazón. La versificación, en sus manos, se adapta finamente a las melodías de cuna, a las sugerencias de caricia materna. Pero no menos hábil se muestra en el tono madrigalesco, tan propicio a su delicadeza de concepción. Ahí está su *Rondalla*, vivificación de la vieja anacreóntica, y en la cual renueva el tema del conocido madrigal de Luis Martín.

Dignas de nota especial son las poesías *A contravent* y *Alegoría del rianant perdut en la nit*. Noto la influencia de Chénier en algunas otras, como *A l'oncra dels avellaners*, *El fontinyol*, *Elegia* y *L'Enamorada*. Esta sana filiación poética no es extraña en Juan Arús, que tendrá la gloria de haber incorporado a Chénier en la literatura catalana por una bella traducción de sus *Idilios* y *Elegías*, la cual he tenido el honor de presentar.

Gabriel ALOMAR

21 de Mayo de 1922 hoja 2

JUAN LUIS LÓPEZ, EL PINTOR POETA

Con motivo de la Exposición Nacional de Bellas Artes celebrada en 1920, juzgamos al pintor gallego Juan Luis López en los términos siguientes: «Juan Luis López propende al arcaísmo. *Serenidad* (núm. 184) lleva por título un retrato de señora, en el cual dicho artista, que gusta de la pintura literaria, parece haberse inspirado en la *Gioconda* para acentuar, sin duda, el carácter poético de la obra. Hay, evidentemente, en Juan Luis López una sensibilidad delicada; lo que en nuestro entender necesita es prescindir de esa sumisión a lo antiguo y aspirar a ser de su tiempo.» ...«Lo que dijimos en lugar oportuno de D. Juan Luis López nos dispensa de repetirlo aquí. Por si fuera poco la firma literaria, «dama María de la Purificación R. Manjón. Juan Luis fecit en Compostela, etc», el retrato en cuestión (núm. 183) adereza un tipo de 1830 visto en Tejeo o en cualquier otro artista romántico, con el ambiente que pone en sus fondos de figura el señor Romero de Torres». ...«Aun excediéndonos en las concesiones, reprochamos al pintor D. Juan Luis López el arcaísmo que ha creído a tono con la basilica de Santiago de Compostela, ejecutando una tabla para un retablo con destino a la famosa iglesia gallega. Su *Pobrecito de Asís* es demasiado primitivismo: lástima que quien así pinta, con verdadero talento, se obstine en cultivar un campo infecundo, en vez de desenvolver su personalidad, libre de trabas y del peso muerto de un pasado que no debe resucitar».

De intento hemos recordado los juicios que nos mereció Juas Luis. Su cuadro *Ofelia aldeana*, que ha enviado este año al certamen oficial, y otro lienzo suyo, *El pobre de Sar*, nos invitan, más que a rectificar lo que hace dos años pensábamos, a señalar en él algún aspecto por el cual quepa apreciarse mejor.

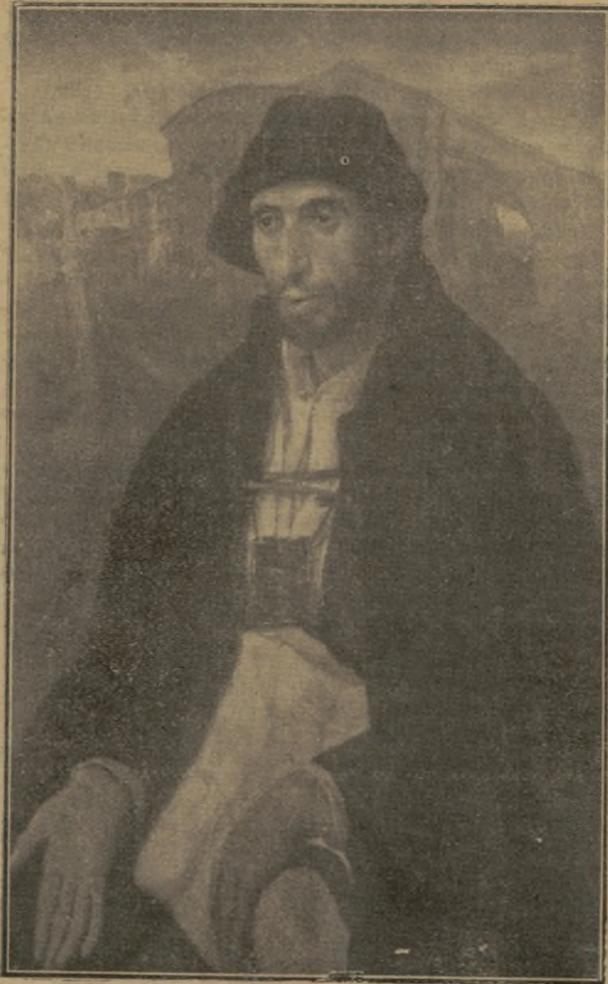
Nos duele, contra lo que pudiera suponerse, hablar de un artista para censurarle. Mas si las circunstancias lo exigen, nos agrada en cambio elogiarle cuando le encontramos pisando terreno firme; nunca tuvimos por delincente al pintor o al escultor que en un momento de su carrera se nos presentaba en situación falsa con relación a la que en rigor le correspondía ocupar, dadas sus aptitudes y su capacidad de expresión. El caso de Juan Luis López es de los que nos reclaman hoy una revisión, y de grado la intentaremos. Arcaísmo. Pintura literaria. Herencia de unos años en que la desorientación dimanaba de ansias renovadoras.

Arcaísmo. Pintura literaria. Con las señaladas excepciones de Fernando Alvarez de Sotomayor y de Francisco Lloréns, no han sabido evitarlos unos cuantos artistas gallegos. El alma gallega, tan rica en matices líricos y tan llena de sugerencias medievales, fué la feliz inspiradora de bellísimas páginas en que D. Ramón del Valle Inclán, mago del idioma y del estilo, tra-

dujera el genio de su tierra y de su raza. La lectura asidua del gran poeta a que pintores como Jesús Corredoira y Juan Luis López se entregaron con fruición, vino a pesar sobre los pinceles de ambos; la obsesión valle-inclanesca, al invadir el campo propio de la pintura, medraba a expensas de formas y de colores, e infundía a los asuntos de los cuadros una modalidad literaria, acusada en detrimento de las puras esencias pictóricas. El arcaísmo, por su parte, que nunca ha sido el mejor de los refugios, forzaba a interpretaciones convencionales y contribuía a que se desatendiera la emoción sincera, la única que al pintor moderno, cultivador del arte, importa demandar. Acogerse, pues, a lo puerilo, implicaba una renunciación, cosa incompatible

con el concepto, sancionado por la experiencia secular, de que todo artista ha de actuar dentro del momento histórico a que pertenece, proyectándolo de la manera más en armonía con su temperamento.

A Juan Luis López, compostelano enamorado de su



EL POBRE DE SAR

ciudad natal, había de costarle un cierto estuerzo el libertarle de arcaizaciones y de literarias influencias. Pero he aquí, lector, que sin romper de golpe las ligaduras, inicia un cambio, en opinión nuestra, saludable. No olvidándonos de que Juan Luis López posee un temperamento poético, es de notar que en su *Ofelia aldeana* lo manifiesta; no descubrimos en ella las reminis-

en el cuadro, responde aquélla con delicados acentos. Un renacentista, educado en el culto a Ticiano o en Poussin, habría sentido ese rincón de realidad, con el aire levemente melancólico con que lo ha trasladado al lienzo Juan Luis López. A poco más, y con las indispensables adiciones, el paisaje en cuestión se definiría dentro del tipo heroico. Mas, decláramoslo, el pintor, solicitado por el carácter del ambiente, ha percibido su dulce lirismo, a la par que la clásica disposición, y al evocar lo uno y reproducir la otra, para nada hubo de recurrir a la literatura bajo la especie de patrón; con todo, su obra, por la contextura espiritual, podría calificarse de hermoso poema pictórico.

En la actual Exposición de Bellas Artes, donde abundan los efectismos y hasta los desenfrenos de paleta, es como un remanso de paz el cuadro de Juan Luis López. Su entonación suave, antigua, constituye el mejor sedante contra el abigarramiento de manchas crudas e incoherentes y de desatadas exaltaciones a cargo de gentes que rebajan el oficio del pintor y que, no obstante, se afanan por conquistarlo provocando la brutal irritación de la retina.

Juan Luis López no es ni trivial ni expeditivo. Con rara conciencia de la idea temática, del conjunto y del detalle, trabaja despacio, insiste o corrige, buscando el anhelo íntimo de perfección a cada momento, y no mente siempre. Noblemente, con miras elevadas y aristocrática distinción, se ha consagrado al esmeroso menester de la pintura. Si sólo hubiera creado *El pobre de Sar*, por ejemplo, bastaría para otorgarle la consideración de excelente artista. Cuando contemplamos, destacándose sobre la romántica arquitectura de un templo, al mendigo devoto y resignado, surge frente a nosotros, a más de la individualidad concreta del personaje, la genérica encarnación de una casta que allí en la región gallega conserva el rancio sello de la vida. Lo literario no se arroga ahí el papel principal; queda al margen. Los ojos del pintor han sorprendido en el pordiosero el valor de humanidad bajo la vestidura de lo pintoresco. Por ser humano de ayer y de hoy, no interesa la figura y su significación; el arte, atento a la vida, ha registrado una faceta de la misma, que es lo que en definitiva importaba fijar.

Nada de trágico arrebatado hallaremos en la estética de Juan Luis. El espectáculo de los días y las horas se filtra en el verdadero artista de suerte original. Pretender pintarlo todo, equivale, en la mayoría de los casos, a no acertar en casi ninguno. Juan Luis López estima la pintura en lo que brinda de deleite, de complacencia, de optimismo en suma. Galicia se torna en él amable con las tiernas inflexiones de su lengua musical. Diríase que acariciadores ecos de gaitas laten en las imágenes, ficción de realidad que dotó de existencia

purificada y purificadora el secreto poder de los pinceles.

El autor de *Florisel* es retratista, que si bien ha venido haciendo concesiones en punto al indumento o modas añejas, y por ello nuestro reproche, no despoja a su dicción ni saca nada de su monta no y a Su vi denota el trozo, amoroso mirar a las cosas, no preciosidad en el hacer, ejercitada por y para mecanizaciones, que son con frecuencia disfraz de



OFELIA ALDEANA

ciencias de Valle-Inclán, sino unos horizontes más despejados. El fondo de paisaje, con el encanto decorativo de un tapiz, está observado en el natural. La naturaleza, en este campo de amenísimo pazo, se muestra exenta de llamativas galas; al tono menor que domina

maestría. De enmendarse en los defectos que le hemos indicado, le auguramos prosperidades y selecta clientela; pero le vaticinamos un nombre mayor como artista.

Angel VEGUE Y GOLDONI

La Señorita Coliflor

EN verdad que la señorita Coliflor era una linda dama. ¡Tan fina, tan blanca, tan elegante y tan rizada y emperifollada siempre!

Sin duda por tener tantas bellezas, la señorita Coliflor era horriblemente presumida, remilgada y coqueta. Figúrense ustedes que tras de pasarse toda la mañana acicalándose, se pasaba el resto del día coqueteando con el señor Melón, un viudo algo tonto; con el señorito Calabacín, un niño gótico, y sobre todo con el señorito Espárrago.

¡Ah! Es que el señorito Espárrago era el caballero más aristocrático de todo el huerto; gastaba monóculo, era el árbitro de las elegancias y tenía una delgadez supremamente distinguida, de la que él se mostraba justamente orgulloso y que el pobre señor Melón le envidiaba desesperadamente.

Aquella mañana, la señorita Coliflor se hallaba acodada en su ventana, de palique con el señorito Espárrago, que pasaba por allí a caballo, cuando vieron llegar a unos forasteros.

Eran la señorita Lechuga, una provinciana muy flamenco y graciosa, aunque su educación fuese poco esmerada, y su hermano, el joven Tomate, un buen muchacho, pero tan tímido, que se ruborizaba en cuanto dirigían la palabra.

La señorita Coliflor puso el grito en el cielo.

—¡Ah, qué cursi!—exclamó haciendo ascos—; ¡¡ordinarios! ¡Parecen dos palurdos!

El señorito Espárrago se caló el monóculo y declaró que la tal Lechuga no le disgustaba y le parecía muy agradablemente frescachona. Esta opinión le sentó como un tiro a la envidiosa Coliflor, y su desdén por la señorita Lechuga se transformó en un odio a muerte.

Al poco tiempo cundió en el huerto una noticia sensacional: la señora Patata iba a dar un gran baile para celebrar el título de marquesa de la Frita que acababa de adquirir.

He de advertir que la señora Patata había sido hasta ahora una persona de poco más o menos; pero de tal modo se había enriquecido con la guerra, que a la sazón era rica y marquesa.

Tan pronto como la señorita Coliflor recibió la invitación al baile, que le fué llevada por un rabanito, que era uno de los botones al servicio de la señora Patata, empezó a hacer sus preparativos.

Corrió a casa de la modista más afamada del huerto, «Madame Araña». ¡Había que ver lo apurada que estaba la tal doña Araña con motivo del próximo baile! Pero como la señorita Coliflor era una de sus más asiduas clientes, «Madame Araña» se comprometió formalmente a tejerle para el día de la fiesta un vestido de encajes maravillosamente finos.

Llegó el gran día. Los invitados se amontonaban en

La aparición de la señorita Coliflor, más linda, rizada y empolvada que nunca, hizo sensación. La propia dueña de la casa acudió a recibirla, contoneando sus voluminosas caderas en un traje de raso ocre, bordado con lentejas.

En aquel momento, la señorita Coliflor se puso pálida de rabia: acababa de ver que el señorito Espárrago charlaba muy entusiasmado con la señorita Lechuga, horriblemente cursi con un vestido de seda verde.

Como si esto fuera poco, bailaron juntos tres *shimmys* y cuatro *fox-trotts*, mientras que la señorita Coliflor, rabiando a más no poder, bailaba sucesivamente con el señor Melón, el señorito Calabacín y el joven Tomate, que estaba más congestionado que nunca.

La fiesta se deslizó muy agradablemente, a pesar de la inoportunidad de la señora Cebolla, que se dedicó a contar historias tristes e hizo llorar a todo el mundo.

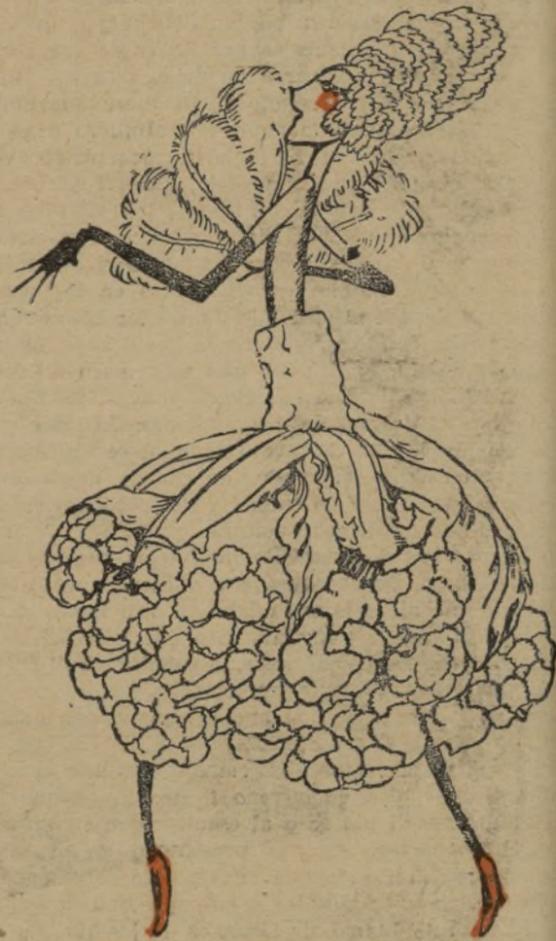
En un intermedio, mientras la señorita Coliflor consideraba rabiosamente las atenciones del señorito Espárrago con la joven Lechuga, se le acercó la señora Cebolla, que había agotado su repertorio de cuentos trágicos.

La pobre señora estaba furiosa, precisamente contra la misma señorita Lechuga. ¡Pues no acaba de darse el caso de que su hijo, el señorito Ajo, había querido sacar a bailar a aquella palurda, y la otra le había

estaba ya muy acostumbrado. De su bolsillo sacó un browning y apuntó a los dos malhechores.

Al verse cogidos, el Pepino y el Nabo se apresuraron a soltar a su víctima y a denunciar a las inductoras del crimen.

Al ruido, todos los habitantes del huerto habían acorrido.



dado calabazas, tratándole de cabezota y diciendo que olía mal!

En vista de lo cual, la señorita Coliflor le confió también sus odios y rencores, y las dos decidieron unirse para vengarse de su enemiga.

No les costó trabajo ponerse de acuerdo en que la señorita Lechuga merecía nada menos que la muerte; y, después de muchas dudas y discusiones, convinieron en que lo más sencillo era hacer que fuese raptada, arrojada en la conejera y entregada a la feroz voracidad de los roedores.

Esto resuelto, las dos cómplices, a la salida del baile, se fueron a un huerto vecino, punto de reunión de todos los bandidos del lugar; allí apalabraron a dos temibles matones, el Nabo y el Pepino, a quienes prometieron buena recompensa para que llevasen a cabo el lechuguicidio.

Una noche, la señorita Lechuga regresaba tranquilamente a su casa, después de hacer algunas compras, cuando, de pronto, el Nabo y el Pepino salieron de la sombra en que se hallaban ocultos, se arrojaron sobre ella y la amordazaron con una hoja de espinaca.

Pero la infeliz, aterrorizada, había tenido tiempo de lanzar un grito desgarrador, y el señorito Espárrago, que vivía cerca de allí, la había oído.

El joven acudió a todo correr, aunque sólo disponía de un pie, lo cual era un defecto de nacimiento del que

había sido víctima desde su nacimiento. Las revelaciones de los granujas produjeron una enorme sensación, y la muchedumbre en masa se dirigió, en imponente manifestación, hacia las casas de las dos cómplices, escoltando a la señorita Lechuga que iba hecha una fiera.

La que se armó no es para describir. La señorita Lechuga y la señorita Coliflor se agarraron de las hojas y se insultaron de lo lindo.

—¡So judía!—gritaba la señorita Lechuga, puesta en jarras.

—¡Ojo con insultarme!—protestó la señorita Judía que se hallaba entre el público.

—¡So rabanera!—decía la señorita Coliflor, con desprecio.

Pero la madre de los rábanos se adelantó furiosa.

—¡Re-pollo!—exclamó—. ¡Cuidado con faltarle a una!

La señora Cebolla quiso poner fin al debate.

—¡Váyase usted a freír espárragos!—declaró a su enemiga.

Al oír lo cual, el señorito Espárrago avanzó con las manos destempladas. El señor Melón le salió al encuentro y quiso pegarle un puñetazo; pero el señorito Espárrago cogió una botella de agua que le vino a mano y se la arrojó al señor Melón, que quedó calado hasta las pipas.

Cuando los ánimos se calmaron, y después de haberse puesto unos a otros como hojas de perejil, cada cual volvió a su respectivo domicilio.

Sin embargo, las consecuencias de esta reyerta fueron considerables. La primera fué que la señorita Lechuga, agradecida al señorito Espárrago por su heroica intervención, le concedió su verde mano.

Con este motivo, a la señorita Coliflor le dió la lechuguicia y se quedó amarilla, cosa realmente inusitada en esta blanca damisela.

Al poco tiempo, el dueño todopoderoso del huerto arrancó a la culpable, señora Cebolla, que fué hecha picadillo y ahogada en aceite.

Y para que el castigo de las dos lechuguicidas fuese completo, también fué cogida la señorita Coliflor, y acabó en salsa a la vinagreta. ¡Justo castigo a su perversidad!...

casa de la nueva marquesa de la Patata Frita, extendiéndose con el lujo de sus salones, iluminados a *giorno* por la luz de las velas, a una abundancia considerable de gusanos de seda, que se iban desmenuzando por todos los rincones. Además, una orquesta *jazz band* de grillos, negros, naturalmente, animaba la fiesta.

Dibujos de BARTOLOZZI

Magda DONATO

21 de Mayo de 1922 - hoja 3

Los Rios de Hispania

Ríos de mi España,
sonoros y abiertos
a todos los soles
y a todos los ecos.

Ríos de mi España,
limpios y serenos,
que en su claro fondo
reflejan el cielo.

Ríos de mi España,
fuertes como el Ebro,
como el Tajo heroicos,
nobles como el Duero.

Anchas y hondas aguas
que regáis el suelo
de la agreste Iberia:
salud; yo os venero.

Sois sangre del surco,
música en el viento,
nieve derretida,
para el Sol espejo.

Sois Hispania entera;
sois el Romancero,

con sus hidalguías
y su voz de hierro.

Bajo las arcadas
de los puentes viejos,
plañís, recordando
cosas de otros tiempos.

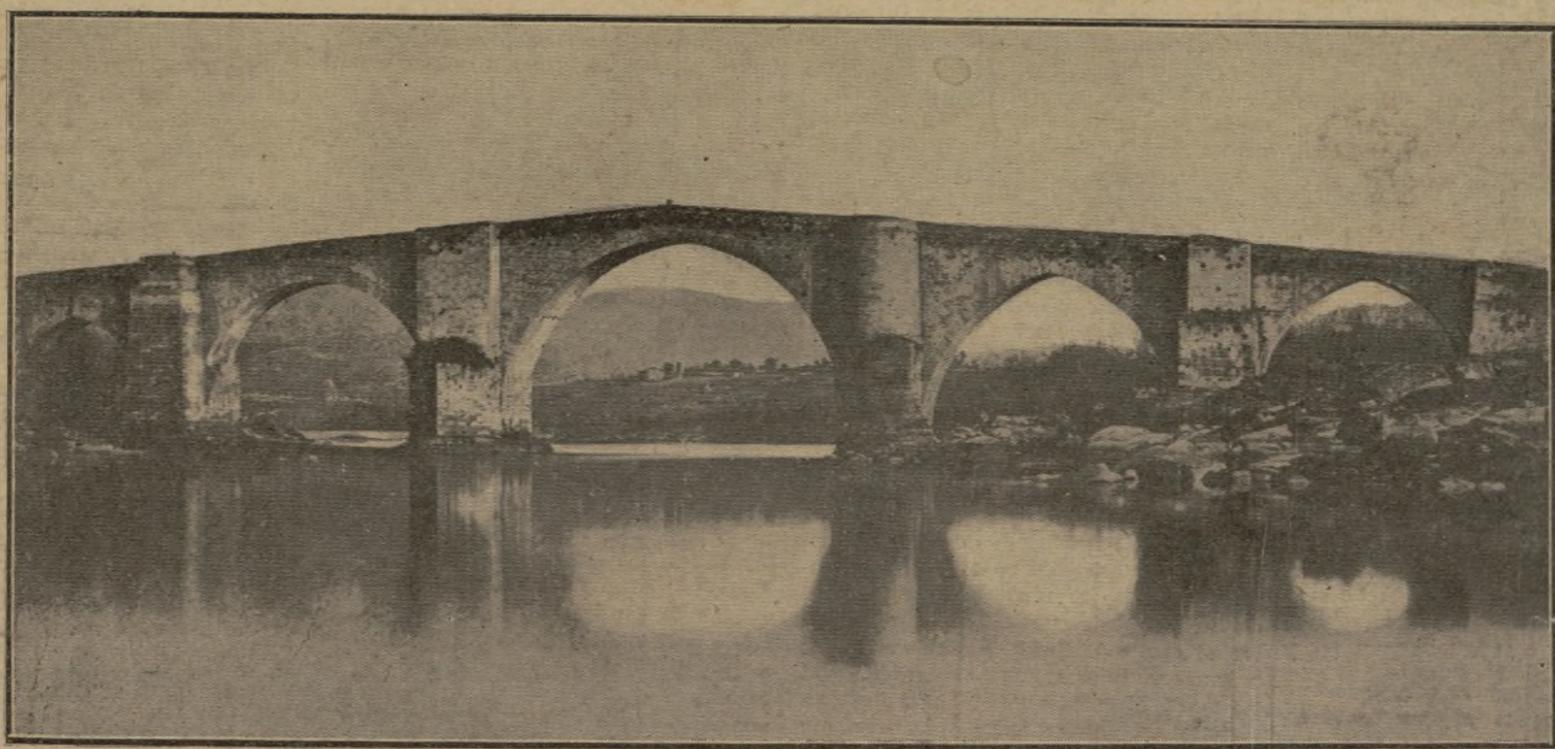
Gestas de Castilla,
cuando, turbulentos,
hacia el mar corráis
de pujanza llenos.

Gestas de Castilla,
fanfarrías de acero,
viejos galeones,
líricos ensueños.

Anchas y hondas aguas
que regáis el suelo
de la agreste Iberia:
salud; yo os venero.

Sois lo que nos queda;
sois lo que de aquello
—fuertes y sonoros—
aún sigue viviendo.

Fernando LOPEZ MARTÍN



CALLOS

Las terribles molestias de los pies, callos y durezas, desaparecen completamente usando sólo tres días el patentado

UNGÜENTO MÁGICO

No falla en un solo caso. Pregunte a cuantos le han usado y oirá usted maravillas.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50.- Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO

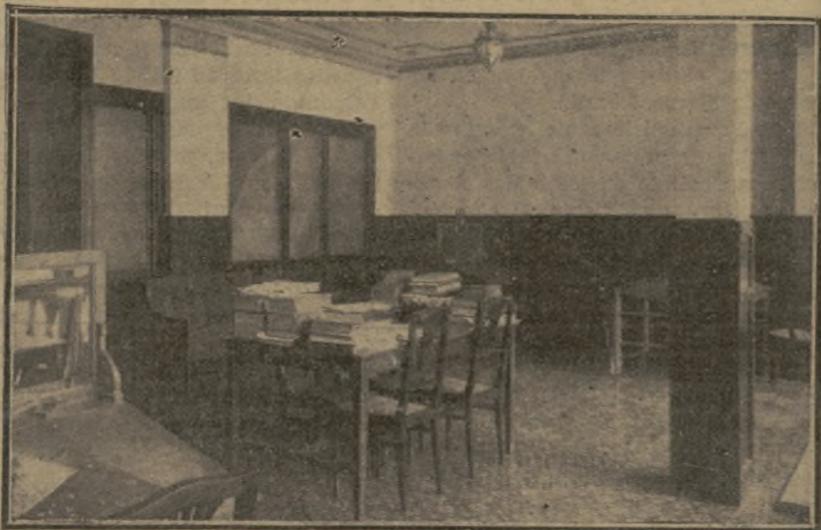
PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID



GRAN HOTEL PARIS

OVIEDO

Asturias. :- España.



Vista parcial de la biblioteca del Hotel de Paris.

Hotel montado con todas las exigencias modernas de lujo, higiene y confort, capaz para 100 habitaciones.

Las grandes reformas llevadas a cabo le permiten competir con los primeros del Extranjero.

Dormitorios de lujo inusitado. — Brasserie en el Hotel. — Orquesta en el espléndido Hall. — Salas de baño. — Teléfonos urbanos e interurbanos. — Salas de lectura. — Biblioteca. — Cocina de primer orden. — Servicio completo de automóviles.

Pensión completa desde 12,50 pesetas.

DIRECTOR PROPIETARIO:

D. Manuel del Valle Díaz.

DISCOS DOBLES "FADAS"

Todos al precio de OCHO pesetas

Los más artísticos y mejor combinados. — Aparatos con o sin bocina. — Ventas al contado. — Ventas a plazos. con precios de contado.

DISCOS de Raquel Meller
— M. Serós
— C. Flores
— R. Leónís
— Bailables modernos



DISCOS de Salud Ruiz
— Ofelia de Aragón
— C. Ortas
— Óperas
— Zarzuelas

Catálogos gratis y condiciones de las ventas a plazos, pidiéndolos a **FADAS -- Peligros, 14 y 16 -- MADRID**

QUIOSCO DE **EL IMPARCIAL**
CALLE DE ALCALA
ESQUINA A BARQUILLO